

Solución Católica del Problema de la Paz

Por FRANCISCO MARULANDA CORREA

(Discurso de recepción pronunciado ante el Consejo Directivo de la Universidad Pontificia Bolivariana, en sesión solemne verificada en el teatro "Cumanday" al serle entregado a su autor el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Filosóficas y Pedagógicas).

Mil veces la desigualdad entre el anhelo y la posibilidad de colmarle; o entre el deber y las fuerzas del espíritu, fué parte para empañar nuestra dicha, o para que en la copa deseada con vehemencia se instalase la gota que amarga cada alegría del hombre.

Tal es la condición de quien ocupa, como yo en este acto memorable, el término inferior de una desigualdad abrumadora.

De un lado, la Universidad Pontificia Bolivariana, altísima cátedra del saber y nuevo semillero de hombres que por su ciencia y virtudes van dando a la Patria y a la Iglesia días de grandeza y de gloria, hoy, con indulgencia que suspende mi ánimo, coloca mi nombre entre los nombres de sus Doctores. Y es más todavía. Añade a la dádiva un paso que deja atrás toda forma de generosidad, y es el de venir, representada en su Rector Magnífico y en su ilustre Consejo Directivo, hasta esta ciudad, para poner en mis manos, vacías de méritos, el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Filosóficas y Pedagógicas.

Para colmar el noble orgullo que este honor trae consigo, y para exultación del afortunado que lo recibe, el título que me confiere la Universidad Pontificia Bolivariana, obtuvo la anuencia del Soberano Pontífice y, con ello, el perfume que de sí derraman los labios eternizados del Obispo de Roma.

Por otra parte, el orador elegido por el Claustro insigne para ofrecerme el presente que me exalta y confunde a un tiempo mismo, es uno de los más brillantes ejemplos de la inteligencia nacional, y nobilísimo hijo de quien Colombia se ufana con toda justicia. Me dio la suerte a leer en la adolescencia del doctor Fernando Londodo Londóño el anuncio de una grande esperanza, y quiso ella que mis labios de preceptor derramasen en su espíritu, que fué siempre tierra fértil y abundosa, la semilla de la verdad y del bien. Hoy el árbol levanta

sobre su maestro ancha copa de envidiable riqueza, y el cultivador reposa con orgullo a la sombra de una procerca personalidad.

Entrando ahora en mí, tengo que confesar que nada hallo merecedor, ni de la dádiva, ni de la generosidad puesta en su ofrecimiento, ni del esplendor que tiene la presente solemnidad. Es el caso de repetir, si no con la grandeza de Pascal, sobra advertirlo, sí al menos con igual sinceridad y emoción, lo que él dijo en ocasión semejante a esta: "Todo aquí es para confundir y amonadar". **Ici en se confond et en s'efface.**

Solo una cosa refuerza mi escasez: el poder ofrecer, como ofrezco en realidad, la retribución de mi gratitud indeleble. Nada más tengo ni podría traer a este lugar. Pero, si pienso en que Santo Tomás atribuye a la gratitud el carácter de lo infinito; y si miro a lo que pasa en mi corazón y en mi espíritu, concibo la atrevida esperanza de cubrir siquiera en parte la magnitud de mi deuda.

Obligado a discurrir sobre un tema de importancia, he elegido uno de interés subidísimo, y, contando con vuestra indulgencia, haré unas cuantas reflexiones sobre él. Hablaré, pues, de la solución católica del problema de la paz. Pero séame lícito, antes de todo, expresar el voto de que mis pálidas frases y el honor que gratuitamente se me confiere, cedan en honra de la Universidad Pontificia Bolivariana, al propio tiempo que en fervida ofrenda a la memoria de mis padres, los primeros y más entrañables maestros míos de fidelidad y de amor a la Doctrina Católica.

Para ninguna voluntad que ande a buenas con la ley de la vida, hay bien alguno mayor que el de la paz. Difícilmente se hallará quien niegue asentimiento a lo que de este don divino afirma San Agustín, diciendo: "Aun en las cosas terrenas y mortales, nada suele oírse más grato, nada anhelarse más apetecible, nada encontrarse mejor".

Donde falta la paz, madre del vivir sosegado con alegría y orden, se hace imposible todo medro del espíritu, y abre entonces el corazón sus puertas a las aguas de la angustia. ¿Quién no lo ve, si piensa en esta edad nuestra, hecha ya un harapo de historia porque perdió las esperanzas de la vida pacífica? ¿Dónde está el insensato que no vea este golfo de rencores, donde naufragan tantos valores del espíritu y donde se ahoga todo bienestar legítimo, porque allí encontraron su tumba los ideales de justicia y de amor que son eternos factores de la paz? El miedo y el dolor que desajustan por donde quiera los goznes del mundo, no dan campo el más mínimo a esa ventura que la paz fabrica, y la raza entera de los hombres se pierde en la noche de la desesperación.

No son ya solamente los ministros de Dios, ni los oráculos de la filosofía, quienes advierten al mundo sobre la carrera en que se precipita hacia la ruina definitiva, por no conocer ni fomentar en las almas los verdaderos elementos de la convivencia feliz. También de entre los más eximios representantes de la ciencia separada, se alzan

clamores de alarma, a causa del delirio con que el linaje se avalanza hacia la muerte. Tal un Alberto Einstein, para quien el hombre de hoy, presa del odio y de la agresividad que se engendran en las entrañas de la ansiedad y del terror, ha llegado a persuadirse de que la guerra es una fatalidad ineluctable; y, resignado con el sombrío destino, se lanza a la destrucción de su especie con una mentalidad enteramente corrompida.

Confirmemos nosotros la sentencia y digamos a modo de explicación cristalizada, que el linaje humano, extraviado en la encrucijada de una revolución religiosa y moral cuatro voces centenaria, llega hoy al término en que lo esperaba su propia disolución. Su espíritu, hecho para transfigurar la materia y levantarla consigo en perpetuo himno al orden universal, se ha dejado tomar la delantera por la mecánica; y de ahí nace que este mundo del siglo XX —para valerme de un pensamiento de Bergson— se halla a punto de fenecer, si no se le suministra un suplemento de alma, que lo fortalezca para dominar las desatadas energías de la física.

El hombre, ciertamente, aprendió a auscultar el lejano corazón de esos espacios cuyo silencio hacía a Pascal estremecer de espanto; explora las llanuras del firmamento y pesa sus globos encendidos con la seguridad del operario que instala los artefactos caseros; cruza las honduras del mar y la superficie del suelo con facilidad desconcertante; vuela dejando atrás el viento y se ufana de arrebatarse a las alturas los secretos del hiperespacio; hace de polo a polo oír sus pensamientos y sus cantos, en vibraciones etéreas numeradas a su gusto, y con la nitidez y presencia de los diálogos hogareños; llevó el análisis de la naturaleza hasta los confines del misterio y de la nada, y con la soberanía de un poder angélico pone hoy las vísceras del átomo al servicio de su ambición y de su ira. Con todo ello y la suma de comodidades que la industria le ofrece para regalo de su sensibilidad reblandecida, no le preguntéis por su alegría, ni qué pasos da, ni a dónde vuelve los ojos para emanciparse de la inquietud que tortura su alma. Arrollado siempre por aquella que Guillermo Ferrero llamó locura de lo ilimitado, vació en los moldes del placer que desune los corazones la masa entera de sus anhelos naturales; desaprendió el arte de amar y el sentido de lo humano; malquiso el gozo tonificante que nace de la acción perfeccionada en el espíritu de abnegación; lleva en cambio por donde quiera, un corazón llagado de envidias; y después de transformar en virtud el odio de razas, de clases y naciones, tiembla ahora espantado de su obra y de sí mismo; mira asediado por el espectro de la muerte y no se ve sino un cielo ensordecido por la ciencia agnóstica, y permutado ya el paraíso en que descansaban sus anhelos de infinito por las áridas playas donde duerme la siesta su animalidad indolente.

Vale decir que el hombre, como dice un ilustre francés, se hizo más dueño del suelo que el tigre y que el león; más dueño del mar que la ballena; más dueño del aire que el águila real; pero, señores, el hombre no se ha hecho señor de sí mismo. Las ideas morales que un tiempo alumbraron la marcha del linaje y engendraban el señor de la persona han sido barridas del alma social; y ésta, a su

turno, es hoy como ánfora vacía de todo contenido sustancioso y que deja apenas adivinar en el residuo evanescente de su perfume lo que fué para ella el paso de la civilización cristiana.

Es la hora cuando en los horizontes de la historia, aparece con semblante severo aquello que Massillon llamó los deberes de los grandes; y aprieta a todos ellos —cualquiera que sea la forma de su eminencia— a trabajar en la obra de ordenar las conciencias en armonía con las eternas imposiciones de la ley moral. Da, al respecto, Fray Luis de León, una fórmula digna de grabarse en la memoria de todos. “Del estar uno concertado y bien compuesto dentro de sí, dice el inmortal agustino, y de tener paz consigo mismo, no habiendo en él cosa rebelde que a la razón contradiga, nace como de fuente, lo primero estar en concordia con Dios, y lo segundo el conservarse en amistad con los hombres”.

Lo cierto, señores, es que en los espíritus se levantan las guerras, y que es fuerza también que levantemos en ellos las defensas de la paz. La riqueza, el poder, y esa fuerza material en que tantos y tantos ponen sus esperanzas, pueden producir a lo sumo la impresión superficial del orden; pero si desvían su paso del camino y del imperio de la justicia, no habrán hecho sino ocultar bajo pobres cenizas el fuego de nuevos incendios.

Es la conciencia el único semillero y el refugio único de la paz. Porque si está bien cultivada, en ella resplandecen las constelaciones de ideas que fluyen desde las alturas de la ley eterna y que son las únicas en dar la fuerza y dirección valederas para llevar al hombre a la conquista de su bien. Preciso es, pues, descender a ese fondo más o menos dormido o más o menos despierto, llevando la antorcha de la justicia y de la verdad para suscitar en él la idea salvadora. Ninguna urgencia es a ésta comparable. Se necesita proveer a los espíritus de una doctrina firme, clara, universal. La verdad, so pena de muerte, ha de tener un imperio en las almas como el del amor, de quien se ha dicho que es más duro que el infierno. En una hora en que los hombres se hallan como nunca se hallaron, profunda y cruelmente divididos, por su alejamiento de la verdad, es mayor el esfuerzo que se impone a los conductores de almas para llevarlas a esa unidad inapeable que salva el reinado del pensamiento, y que lo arranca a los ágiles dedos de la dispersión, cadáver del orden y sepulcro de la paz.

Unidad en la doctrina, anclas profundamente clavadas en un ideal de consistencia eterna: he aquí la condición absoluta de toda pedagogía individual y social. Porque la paz es una realidad estructurada con hilos de alma, hóndamente entrelazados en las fibras del organismo moral. No es el silencio de los adversarios que se preparan a la lid, a distancias calculadas por sus propios intereses. La paz es acuerdo generoso rociado de sacrificio, sobre el bien de las personas y sobre el bien de la comunidad; es adhesión sincera a los imperativos con que el orden universal se impone al orden social y político, que forman parte de aquél; es, para decirlo de una vez, acatamiento general y unánime a la verdad objetiva, libre y señera por sobre todo miramiento pasional. Porque, no lo olvidemos nunca: el error di-

suelve las almas y las incapacita para una visión del universo y de la vida, acorde con los supremos intereses del hombre y con el orden a que deben someterse todas las cosas. Para el escéptico vive apagada toda perspectiva real del universo; su mano sabe apenas abrir las puertas del desequilibrio que divide a los hombres y rompe las iniciativas de toda benevolencia. Nada hay más retrógrado ni más nocivo que el error.

Ahora bien; en este alborar de la era atómica, se lee en el horizonte de la vida humana, escrito con caracteres encendidos al rojo blanco, un dilema tremendo: o bien el espíritu somete la fosca animalidad del hombre y la mantiene siempre penetrada de razón y de amor; o bien el mundo continuará su marcha temblando hasta la hora en que la ira o la ambición decreten la muerte del linaje, y la ejecuten por medio de una ciencia que debió ser diadema, luz y gozo del rey de la creación.

Solo el pensar en la inmensidad y peso de esta reeducación del mundo contemporáneo, hace palidecer a quien considera la actual disolución de la conciencia humana. Mas el plazo no soporta dilaciones. Es preciso convertir las conciencias en el reposado asiento de las ideas morales, que representan nuestro mayor tesoro y nuestra fuerza mayor. Porque mientras el mundo físico y su representación sensible va deslizándose entre los dedos del tiempo, las ideas, tanto las especulativas como las que forman el mundo de lo normativo, se irguen con faz de eternidad y todo lo llenan de vitalidad indeficiente y robusta. No son la cosa muerta; no el cristalizado residuo de la evolución, como dijera una filosofía soñadora; no, sino jugoso fruto del espíritu, fecundidad victoriosa, fuerza y seguridad en la marcha del hombre y de la civilización.

Aquí, señores, en este mundo de lo universal y lo necesario, que es el mundo de la idea revelada en la conciencia, es donde nos topamos con la noción suprema, con la clave de la paz. Hablo de la idea del Derecho, y lo contemplo con su obligado cortejo de la justicia y del amor, consecuencia natural todos ellos de la dignidad y precio de la persona humana, al par que únicos elementos valederos de la paz.

Nada hay más alto que la persona, nada se impone a nuestra reverencia con igual autoridad. Si consideramos la del hombre, luego al punto hallamos en ella una misteriosa mezcla de "fuerza y debilidad enfrentada con una tarea inmensa". Es todo el hombre, cargado de aspiraciones, y, ora levantado sobre las nubes en alas del pensamiento, ora vencido en el fango por su lastre de animalidad. Es la caña de que habló Pascal, posible de quebrarse con un soplo; pero también capaz de pasearse con la mente por el mundo de lo inteligible; y de salvar, en su carrera de perfección y de amor, todos los obstáculos, por grandes que sean, hasta llegar como dardo disparado por la iniciativa creadora, al corazón del propio Infinito. Sustancia particular, acabada y completa, coronada por la diadema de la mayor dignidad ideal, la persona, según Santo Tomás, es lo más perfecto que existe en toda la naturaleza. Ocupa el grado supremo de la excelencia ontológica, y no de cualquier modo, sino como un sér que existe para su propio bien; como señor de sí mismo, y a cuyo provecho es-

tán subordinadas mil cosas que deben acudir signadas con el sello de lo inviolable. Y si bien es cierto que la persona humana no existe exclusivamente para sí, no lo es menos que su propia finalidad es la de su bien; y que el summum de sus bienes está en ser vocera del universo para glorificar al Creador, conociéndolo, adorándolo, amándolo.

Pero no nos engañemos: para que este misterioso compuesto de pequeñez y de grandeza pueda desempeñar el papel que se le asigna en los cuadros del orden universal, fuerza es que posea los medios necesarios a la realización integral de su destino. Porque si la persona es el mundo inviolable de que hablé antes; y si está llamada, como totalidad espiritual que es, a reposar en el Absoluto, luego de surcar el azaroso mar de las contingencias; si la curva de su destino ha de ascender sin fracasos “desde la potencia pura hasta cerrarse en el Acto Perfecto”, como dice bellamente Sertillanges; si, para emplear el lenguaje del Evangelio, ha de trabajar con ardentía para alcanzar la perfección del Padre Celestial; y si en ello está su alegría al tiempo que su deber: no es menos cierto entonces que la ha de asistir un poder inviolable sobre todos los medios que la sirven en ésta que acabo de decir empresa grandiosa y difícil.

Damos aquí, señores, con el nacimiento metafísico del Derecho, el cual es, a un tiempo mismo, amparo, brazo y testigo de nuestra grandeza y de nuestra debilidad. La filosofía nos lo enseña como un poder ideal sobre el bien, añadido por el orden moral a nuestras fuerzas personales. Digamos, si os place, que es “la facultad moral inviolable de tener, de hacer o de exigir”.

En nuestro mundo interior, invadido naturalmente por los esplendores de esa luz que el Salmista advierte allí grabada como reflejo del semblante de Dios, hallamos siempre, la una al lado de la otra, las dos caras de un mismo hecho de conciencia: el Deber y el Derecho. Al primero de ellos, cuya génesis divina fué imposible de presentir a Kant, perdido en los sótanos del subjetivismo, corresponde asegurar para el segundo una absoluta confianza en la ley que establece el equilibrio entre la razón y las veleidades del instinto animal. Aquél sigue el orden por las paralelas de una necesidad imperiosa; éste marcha alumbrado por los destellos de ese mismo orden, pero apoya su brazo en una fuerza compasiva, que sonríe al par que garantiza el andar hacia el supremo ideal. El primero —dice un insigne filósofo contemporáneo— es “la consagración absoluta del Soberano Bien; el segundo, la consagración del valor absoluto de la persona humana”. No empecen deficiencias personales, intereses de grupo, clase o raza: el Derecho de siempre, en todas las latitudes, en todas las horas de la historia y en todos los meridianos de la cultura, la nobilísima prolongación de la persona humana; y tan vital e íntimamente le está unido, que la más leve lesión que a él se inflige, duele a ella como una lanzada en carne viva y hace imposible la vida de la paz. Por el Derecho ha corrido a torrentes la sangre de los héroes y de los mártires; por él caen entonando la sublime epopeya de la libertad, con el corazón engrandecido por la virtud de fortaleza, y con el semblante iluminado por el sol de la realidad supraterrena.

Tiene el Derecho, como el Deber, su cuna propia en el seno de la Sabiduría Ordenadora del Universo; y la Ley en que estriba su vigor, es eco del Verbo, hija de Dios y soberana de los dos mundos, el mundo físico y el mundo del espíritu. San Juan lo dijo: "Todas las cosas fueron hechas por El" —por el Verbo—; y con las cosas, la filosofía ve que aparecieron también las leyes a que todas las cosas deben someterse para alcanzar sus fines. Porque debemos recordar que el acto de nuestra creación es uno mismo con el acto que sella la curva de nuestra vida entera; una misma cosa es para el dedo creador señalar las prescripciones de la justicia y ponerle goznes al firmamento. Quiéranlo o nó quienes resisten a la razón y niegan los orígenes metafísicos de la Moral y del Derecho, "las leyes de la naturaleza no son leyes sino en función de la Ley Eterna"; la cual, desde el océano misterioso donde se piensa a sí mismo el pensamiento infinito, va desarrollándose, en la naturaleza, por una parte, y, por la otra, en la historia de esa porción del cosmos que es el género humano. De ahí la certera afirmación de Leibnitz: "Hay, dice, una ciencia universal del Derecho, la que no se limita a esta vida ni al género humano, sino debe abrazar al universo entero, y con él a todas las substancias inteligentes, comenzando por Dios, fuente de lo justo y de lo bueno, y medida de todas las cosas".

Esta medida, señores, y esta fuente fueron olvidadas, menospreciadas por el mundo moderno, quien, a su turno, paga hoy en gemonias su infidelidad y su soberanía. Desoyó la voz de la razón, desoyó la sabiduría de los siglos, desoyó la experiencia del linaje; y ahora experimenta en su carne y en sus huesos la verdad de esta sentencia: "los que se alejan del Señor perecerán".

Sócrates habla desde el lejano fondo de la gentilidad, y dice que la verdad y el bien son en su fuente una sola cosa, y que la fuente es Dios; Aristóteles, recogiendo el eco de Platón, no puede ver al hombre verdadero sino en el que se diviniza; Cicerón escribe páginas inmortales para hablarnos de una ley que es contemporánea de la Divinidad y asumida por el hombre en las entrañas más hondas de su naturaleza; los pitagóricos enseñan que salimos de Dios y está en nuestra esencia el querer siempre adherir a la raíz divina, y añaden que, cortados de su fuente, los arrollos se secan y las plantas se mueren. San Pablo recordó a los del Areópago, con elogio y aprobación lo que habían afirmado antiguos vates griegos: "Somos del linaje del mismo Dios"; y pronunció entonces la célebre sentencia que siglos después habría de adoptar Bergson como hilo conductor de sus incursiones filosóficas; es decir, en el Infinito vivimos, nos movemos y existimos. Santo Tomás de Aquino, para no alargar el interminable catálogo de gloriosos testimonios, enmarca en oro la verdad que debe servir para todos los tiempos, y para todos los legisladores y para todos los conductores de hombres. "Antes de la creación —nos enseñña— estábamos en Dios; hacíamos una sola y misma cosa con las ideas de su eterna sabiduría. Por la creación nos ha distinguido y separado de sí, dándonos un sér propio y limitado; por la religión nos atrae a sí y nos une a su perfección inmutable".

Todo esto lo desprecia el mundo moderno. El hombre de la

autonomía absoluta cierra los ojos para no ver el nombre divino en el semblante de los soles y galaxias, y cierra los oídos para no oír los acentos con que todos los seres proclaman a su Hacedor. Entre montones de oro y de artefactos industriales había de surgir el imbécil desafiado por Cicerón, cuando dijo: "Quién es el insensato que, levantando al cielo los ojos, no sienta que hay un Dios?". Y este insensato, con el atrevimiento que anima siempre a la prole de la idiotez, responde que el Derecho, la Verdad, el Bien, son creaciones suyas; que él hace brotar de su conciencia todos los valores morales, como hizo Dios brotar del caos los esplendores de la luz; y que seguirá jurando por la humanidad separada, puesta ya de lado la majestad del Dios cristiano, a quien confunde con lo arbitrario y el mal.

No ha visto empero este mundo de los odios sistemáticos que, al cavar la tumba de Dios, en obediencia a los profetas del caos, lo que cavaba en realidad era el sepulcro de la civilización y de la paz. Si Dios no existiera, tampoco existiría el Derecho. Con encantadora rudeza y con la solidez adamantina de un pensamiento incontrovertible, lo dice un poeta británico:

"El Derecho es el Derecho porque Dios es Dios".

Entregado empero el linaje humano en brazos de una ciencia materialista, que es impotente para ofrecer otro espectáculo a la inteligencia que la batalla universal de fuerzas ciegas; donde débiles y vencidos yacen al modo de esa alfombra de hojas que trenza el viento en las noches de tormenta; no queda sobre la tierra dolorida sino la fiera humana; lista siempre a imponer por el puño o por la espada la ley de esos apetitos que en su atrevido idioma llama justicia, orden, derecho. La victoria será siempre para la mejor musculatura, en un campo cerrado por la lujuria y la violencia, y en el cual las multitudes sin Dios y sin espíritu, no verán para su vida más halago que el mayor saboreo posible de las comodidades ofrecidas por la industria y por los sumisos edenes del planeta. Como fruto inevitable del ateísmo materialista el hombre tiene que vivir en una sociedad que es estadio natural de la guerra: individuos contra individuos, clases contra clases, masas contra optimantes, pueblos contra pueblos. ¡Paso a la fuerza! ¡Ay de los débiles! ¡Silencio a los vencidos! Y nosotros, por lo que a nosotros toca, como actores y espectadores de la mayor tragedia de la historia, tendamos la vista del espíritu, y veremos: en los campos de concentración, y en los vagones de la muerte, y en las calles erizadas de ametralladoras, a los grupos religiosos y nacionales y raciales; y a los hombres amantes de la libertad, y a los héroes del Derecho, cómo van con la vida dejando el campo a la fiera que husmea sobre los despojos de una civilización que vió un día lucir en su cielo el sol del Evangelio. Y preguntamos, en este que es hoy crepúsculo de la cultura, como pregunta el poeta:

"Para quién trabajáis vosotros, demoleadores estúpidos?"

Respondamos con toda valentía. El mal que medra en las ti-

nieblas del espíritu, creadas por la reforma y la revolución moderna, cubre la tierra con sus aguas amargas; y envenenado con ellas, el hombre tuvo valor para enfrentársele a Dios, como lo dice Job, y grita en su locura: "Apártate de nosotros, que no queremos saber de tus mandamientos".

Si en este bátratro cercado por el rencor y la apostasía donde gime la raza cuyas dolencias hacían languidecer de pena al Pontífice Pío X en los comienzos de su pontificado, no queremos aún renunciar a todo esperanza, sepamos que es ilusorio todo esfuerzo intentado, si el más ardiente espíritu de fe, de justicia y de amor, no es el que ilumina y dirige la reconstrucción de la sociedad.

Este soplo lo infunde la educación católica y solamente ella; porque ella es la única guardadora de los recursos vitales del hombre; porque es la única poseedora del secreto de levantar al pie de la cruz la construcciones eternas del espíritu.

En esta hora de la moral agonizante, de la justicia desterrada, del Derecho vejado y negado por el yo insaciable; en esta hora del vicio desencadenado, y de una pobre civilización que finca sus glorias en la prostitución del sentido común y del gusto artístico, una reeducación del hombre no puede hacerse sino volviendo, antes que todo, a encender en las venas y en el alma la convicción más ardiente de que la base y la cima de la civilización, es Dios, ordenador del caos y príncipe de la paz.

Lo dije al comenzar —y ello contituye mi convicción más profunda— solamente en el fondo de la conciencia humana se pueden levantar las defensas de la paz. En ese fondo íntimo hay qué someter al hombre, considerado en todas sus potencias y haberes hereditarios, y tomado como un enfermo todavía poseedor de reservas divinas, al tratamiento más enérgico de la verdad católica, vivida en su integridad y convertida en sangre de las venas y en ascua del corazón.

Desde el punto de vista educativo, la distribución de la magna obra se ve con entera claridad. La familia y la escuela primaria en la planta baja; la universidad en el piso superior. Esa escuela que no alcanzan a nombrar siquiera los forjadores de fragorosos planes de cultura; esa familia que, empezaba a socavar por la reforma, se va acabando de atomizar en brazos del comunismo; y esa universidad que debe ser asiento de profundas investigaciones y brújula que sirva para enderezar el rumbo hacia los más espléndidos horizontes; las dos primeras, arrojando sobre la tierra virgen la semilla que Dios hará luego convertir en dulce fruto; la última, derramando el fulgor de los más poderosos cerebros por todos los ámbitos sociales: todas a una deben acometer, sin tanteos ni vacilaciones, la empresa salvadora, la empresa inaplazable, unidas con el lazo de una misma fe, y sabedoras de que ellas y solamente ellas, en cuanto hablen, al hablar —como dice el Príncipe de los Apóstoles— el lenguaje de Dios, **quasi sermones Dei**, son capaces de dar al mundo el encanto de la nueva aurora y la fuerza para nuevas ascensiones de la especie macilenta y cansada.

Cuando repasa el espíritu los anteriores trazos, al punto surge para su deleite la más espléndida visión de unidad y de paz. Una sola mano creadora, que regala a todos los hombres con una misma y sola naturaleza; un mismo teatro enriquecido con todos los dones de la materia y del espíritu; un mismo destino para los corazones que suspiran por un mismo y solo infinito; unos mismos medios para alcanzarlo, distribuidos entre todos con justicia y con amor; una misma sangre que desde la cruz chorrea para la redención de toda la familia humana; una misma herencia de esa paz que dijo el Señor: "La paz os dejo, mi paz os doy".